

que imponer castigos ejemplares. Esto no obstante, los otomanos se entregaron en Bulgaria á horribles excesos. Los feroces cherqueses, emigrados del Cáucaso, y los *baschi-buzuks*, no menos bárbaros, robaron, incendiaron, mataron, violaron, pereciendo á millares al filo del acero ó entre las llamas hombres, mujeres y niños. «Las atrocidades búlgaras» provocaron tremenda indignación en la prensa europea, especialmente en la inglesa, é interpelado el gobierno británico en la Cámara de los Comunes acerca del particular, confesó que, según la relación del secretario de la embajada inglesa, habían sido asesinadas doce mil personas y reducidas á cenizas sesenta aldeas.

Sin embargo, aún no se había perdido la esperanza de localizar la guerra, y hasta de ponerle término en breve plazo. El agente austriaco, Rodich, y el ruso, Vesselitzky, recorrían las provincias sublevadas, inclinando á los insurrectos á formular otra vez sus proposiciones, que se encargaban de someter á sus gobiernos y al de Turquía. Fruto de esta gestión fué un nuevo programa de reformas, de que se hizo juez á Europa y que contenía, en esencia, los seis puntos siguientes: primero, cesión á los cristianos de la tercera parte de las tierras poseidas por los agaes; segundo, reparación de las casas destruidas con motivo de la guerra y obligación de suministrar víveres, bueyes é instrumentos de labranza á los campesinos arruinados, todo á cargo del gobierno del Sultán; tercero, exención del diezmo durante tres años; cuarto, evacuación del territorio por los *Nizams* y prohibición á los soldados turcos de ocupar en el país más plazas que las de Nikéhich, Stolaz, Foca, Treviñe, Piogly y Mostar, en donde habría agentes austriacos y rusos para velar por la observancia de las condiciones expresadas; quinto, garantía de las reformas por parte de las grandes potencias europeas. La última cláusula era, sin duda, la más importante. Austria-Hungría no aprobó este programa; Rusia, en cambio, á quien Alemania alentaba, sin comprometerse, lo encontró muy razonable. La actitud del gobierno de San Petersburgo era de cada vez más intransigente, y como la Puerta concentrase, para su seguridad, tropas en las fronteras de Servia y Montenegro, le significó bastante claramente que no le permitiría invadir aquellos principados. Al mismo tiempo, Gortchakof proponía á los gabinetes de Viena y Berlín, que se enviara una nota conminatoria á Constantinopla y la adopción de *medidas eficaces* para conseguir la sumisión de Turquía á la voluntad de Europa. Repugnábale al gobierno austro-húngaro aceptar la proposición de Gortchakof; pero la noticia del asesinato de los cónsules de Francia y Alemania en Salónica, de que antes hablamos, le impulsó á ceder. En su virtud, reuniéronse en Berlín los cancilleres de los tres imperios. Bismarek, cuyo único deseo, decía, era servir de lazo de unión entre Austria y Rusia, pues Alemania, agregaba, no tenía interés directo en la cuestión oriental, dirigió los debates. De la conferencia, cerrada el once de Mayo, resultó la redacción de un *memorandum*, obra de Gortchakof y escrito en términos precisos y amenazadores. Reproducíanse en él, casi

literalmente, las proposiciones presentadas por los insurrectos á Rodich y Vesselitzky, pidiéndose: primero, la reconstrucción de las casas destruidas, el suministro de bestias de labor, de subsistencias y de útiles á los campesinos arruinados y á los fugitivos, que debían ser repatriados, con más la exención del impuesto directo durante tres años; segundo, nombramiento de una comisión, compuesta de notables herzegovinos y de bosniacos *cristianos*, encargada de repartir los socorros; tercero, evacuación del territorio por las tropas turcas, que no debían ocupar sino diez fortalezas, que oportunamente se designarían; cuarto, autorización otorgada á los cristianos de permanecer armados hasta la completa implantación de las reformas; quinto, reconocimiento del derecho de los cónsules ó delegados europeos á velar por la ejecución de aquéllas. Además, las tres grandes potencias exigían al sultán que concediese un armisticio á los insurrectos, reservándose el arbitrar medidas más eficaces si, aquél concluido, su obra pacificadora no daba resultado. Francia é Italia se adhirieron al *memorandum*; mas no Inglaterra, que dijo rotundamente «sentir no poder asociarse á las proposiciones de las cortes imperiales». Disraëli, el sucesor de Gladstone, había inaugurado una política atrevida y belicosa. Preparaba la enfeudación económica del Egipto á su patria; acababa de verificar la anexión bastante fraudulenta del Transvaal (que debía ser tan efímera y que hoy se persigue nuevamente) á las colonias británicas del Africa Austral, y para contrarrestar el efecto de la marcha progresiva de los rusos en Asia, aumentaba el brillo de la dominación inglesa en la India con ruidosas demostraciones, haciendo que el príncipe de Gales visitase aquella península, erigida solemnemente en imperio para realzar el prestigio de la soberana. La actitud del ministro de la reina Victoria, contraria en todo á los rusos, había necesariamente de alentar á la Puerta en su resistencia.

Estaba fijada la fecha del treinta de Mayo para notificar al sultán el *memorandum*; pero en la noche del veintinueve ocurrió en Constantinopla un suceso trágico, que vino á complicar la situación. Humillados y exasperados los turcos, revolvíanse contra Abdul-Aziz, de quien se separaba, por considerar su conducta funesta para el mahometismo, el cuerpo de los *ulemas*, cuyo jefe, *scheik-ul-islam*, como intérprete de la ley religiosa, es con frecuencia en Turquía más poderoso que el monarca; vociferaban los famélicos *softas*, especie de estudiantes, cuyo número no bajaba de veinticinco á treinta mil en la capital del imperio, y todo eran quejas, protestas y amenazas. El partido nacional turco tramó, pues, una conjuración, de que fué alma Midath-Bajá, hombre muy ambicioso y astuto, el cual, bajo apariencias ultra-liberales y cierto barniz de cultura, odiaba profundamente á los cristianos y era enemigo de la civilización occidental. De acuerdo con otros elevados funcionarios turcos, el citado personaje había dirigido, en la primavera de mil ochocientos setenta y seis, á los ministros de Negocios Extranjeros de las grandes potencias, exceptuando el de Rusia, una memoria secreta, sin firma ninguna, en la que, en su

nombre y el de sus amigos, intentaba probar, aduciendo razones de gran peso, que era preciso despojar de su investidura á Abd-ul-Aziz. El principio fundamental de la monarquía otomana, decía el expresado documento, es su carácter electivo, dependiendo la legitimidad del poder ejercido por los sultanes del consentimiento del país, y «siempre que conste, agregaba, que el soberano infringe la ley, debe ser inmediatamente destituido, y si opone resistencia, puede llegar á ser víctima del furor popular: el actual emperador, concluía, ha infringido la ley infinitas veces, siendo un miserable demente, cuya mayor locura consiste en creer que aun puede figurar entre los soberanos del siglo décimonono». La memoria exponía después detalladamente los despilfarros del sultán y la ruina del gobierno; negaba la necesidad de la bancarrota, y terminaba indicando las reformas más importantes que era menester introducir para sacar al imperio de su estado de atraso y envilecimiento. De este modo quedó enterada la diplomacia extranjera de la existencia de un plan de revolución, profundamente meditado. Debió de tener Abd-ul-Aziz algún presentimiento del peligro que le amagaba, porque estuvo decidido á trasladarse, con sus tesoros, á bordo de un buque de guerra ruso. La noticia de este propósito precipitó las resoluciones de los conjurados. Midhat, Husein-Avni, Mehemet-Rudchi y Ahmet-Kaiserli, que eran los principales de éstos, consiguieron del *scheik-ul islam* la sentencia indispensable (*fetva*), que autoriza la destitución del sultán, según los preceptos religiosos, y en seguida se repartieron los papeles. El veintinueve por la tarde, los acorazados bloqueaban el palacio de Dolma-Badge, á cuyas puertas se acercaban, por la parte de tierra, las tropas de infantería y artillería. Para mayor seguridad, Suleiman-Bajá, encargado de la parte militar del complot, hizo formar á los alumnos de guerra con sus armas delante de la residencia del sultán. Tomadas todas las medidas que se reputaron indispensables para asegurar el éxito de la empresa, Husein-Avni, que tenía franca entrada en palacio, penetró en los aposentos de Abd-ul-Aziz, á quien participó su destronamiento. En aquellos críticos momentos, el sultán se mostró poco animoso; pues, pasado un breve acceso de furor, entregóse sin echar mano á arma alguna, dejándose conducir en una lancha, con su madre y sus hijos, al palacio de Top-Capu. Inmediatamente, fueron los conjurados en busca de Amurates-Effendi, á quien llevaron á Dolma-Badge, en donde, reunidos los bajaes, jefes militares y funcionarios civiles que se hallaban en Constantinopla, le proclamaron soberano, con el título de Amurates V. Abd-ul-Aziz fué trasladado con su familia del palacio de Top-Capu al de Cheragan, mas cuando su madre entró el cuatro de Junio en su dormitorio, lo encontró muerto en el suelo. Creyóse por de pronto en un suicidio, y tal se dijo haber sido la causa de su muerte: más adelante, sin embargo, se supo que había perecido á mano airada y se formó proceso á los asesinos.

El nuevo divan, donde prevalecía la opinión de Midhat-Bajá, era partidario de la guerra, y el diez y ocho de Junio se dirigió á los príncipes de Servia y Montenegro, pi-

diéndoles explicaciones acerca de sus armamentos. En Servia no soplaban aires menos belicosos, y el gobierno de Belgrado, en vez de dar satisfacciones al turco, envió un *ultimátum* á Constantinopla, exigiendo el alejamiento de la frontera servia de las hordas salvajes de *baschi-buzuks*, cherqueses, arnautas y kurdos, y el nombramiento del príncipe Milano como virrey de Bosnia bajo la soberanía del sultán. El divan opuso la negativa más rotunda á tales pretensiones, y Servia declaró la guerra á Turquía el treinta de Junio, conducta que imitó el Montenegro dos días después: ambos principados estaban unidos por un tratado de alianza. Los insurrectos bosniacos proclamaron soberano suyo al príncipe Milano, y los herzegovinos, al príncipe Nicolás. Esta resolución de los sublevados tenía que disgustar al emperador de Austria; pero el de Rusia, aconsejado por el de Alemania y su canciller, procuró tranquilizarle acerca del destino ulterior de las provincias insurrectas, dejándole entrever la esperanza de poder ocuparlas por su cuenta, con lo que el monarca austriaco pareció desentenderse por el momento del conflicto que asomaba en Oriente. La participación directa tomada por Rusia en los acontecimientos que se estaban desarrollando, se vió claramente al encargarse el general ruso Chernayeff del mando en jefe del ejército servio. Despertóse gran entusiasmo en Rusia por la emancipación de los hermanos eslavos. En Moscú, celebró el arzobispo solemne función religiosa, impetrando el favor divino para las armas de Servia y de Montenegro. Las principales ciudades del imperio mandaron á Servia trenes de sanidad, enfermeras y auxilios en metálico. Voluntarios rusos se alistaron en las filas servias, y la emperatriz se declaró protectora de las sociedades de beneficencia. Contando con los poderosos elementos que les proporcionaba la ardiente amistad de Rusia, y no entorpeciendo los austriacos sus movimientos ofensivos contra los turcos, era de presumir que servios y montenegrinos alcanzaran rápida victoria. No obstante, con gran sorpresa de Europa, no sucedió así. Los montenegrinos obtuvieron sin duda algunas ventajas; pero, en cambio, los servios sólo experimentaron reveses. Rechazados á su propio territorio, sufrieron tremenda derrota en Zaitschar, siendo sitiados por fuerzas superiores en Alexinatz, principal baluarte de su frontera meridional. Predicábase la *guerra santa* en toda la extensión del imperio otomano, y se desencadenaba furioso el fanatismo de los musulmanes. Acudían los *baschi-buzuks* del fondo del Asia, y las bárbaras hordas cherqueses, volviéndose hacia el Sur, esparcían á su paso el estrago y la muerte. Bosniacos y herzegovinos eran pasados á cuchillo y sus aldeas entregadas á las llamas; en Bulgaria continuaron las matanzas de cristianos; Europa entera prorrumpió en un grito de horror.

Servia, en su angustia, recurrió á las grandes potencias, y ningún gobierno, ni aun el inglés, se atrevió á permanecer indiferente ante las escenas espantosas que se desarrollaban en Turquía. Exigióse al gobierno de Constantinopla que formulara sus proposiciones de paz, y aquél suspendió de hecho las operaciones militares, aunque negóse

á ajustar un armisticio regular, declarando que consentiría en abrir tratos con el príncipe servio mediante las condiciones siguientes: primera, que se restableciese en Servia el estado de cosas anterior á mil ochocientos sesenta y siete; segunda, que se dismantelaran las plazas fortificadas desde esta fecha; tercera, que ciertas fortalezas, antes ocupadas por los turcos, se les entregaran de nuevo; cuarta, que el gobierno de Belgrado pagase una indemnización de guerra, ó pasase por el aumento del tributo anual que satisfacía al gobierno de Constantinopla; quinta, reducción del contingente militar servio; sexta, que el príncipe Milano fuese á la capital del imperio otomano, á recibir la investidura de manos del sultán, su soberano. Las grandes potencias juzgaron inadmisibles estas proposiciones, y encargaron á Inglaterra, cuyo crédito en Constantinopla era tanto, que presentase otras al gobierno de Amurates, con lo que pusieron en grave aprieto á Disraëli y sus colegas de ministerio, los cuales, deseando sostener á la Puerta, no podían, sin embargo, colocarse resueltamente á su lado, porque los liberales acababan de dênunciar las «atrocidades búlgaras» en numerosos *meetings* y la opinión estaba indignadísima contra los turcos. El gobierno inglés, para salvarse del compromiso, procuró ganar tiempo proponiendo al sultán, á fines del mes de Septiembre, la concesión de un armisticio de seis semanas, que permitiese negociar el mantenimiento del *statu quo ante bellum* en los principados y el otorgamiento de cierta autonomía administrativa á Bosnia, Herzegovina y aun Bulgaria. Este programa no satisfizo ni á servios, ni á montenegrinos; porque, no diciéndose si sería sancionado por las potencias, les inspiraba escasa confianza. Chernayeff hizo deferir al príncipe Milano el título de rey, que los gobiernos europeos no le reconocieron, y se apercibió á continuar la lucha, reanudándose las operaciones alrededor de Alexinatx.

No era dudoso que los rusos alentaban bajo cuerda á los servios. Alejandro II, cediendo al sentimiento general de sus súbditos, acumulaba grandes masas de tropas en las provincias meridionales de su imperio, trasladándose en persona á Livadia, para dictar sus órdenes desde más cerca y observar cómo se cumplían. Su actitud parecía de cada vez mejor definida. El primero de Octubre, dirigió un mensaje confidencial al emperador Francisco José, proponiéndole que Rusia y Austria-Hungría ocupasen colectivamente los territorios turcos de la provincia de los Balkanes. Envolvía esta conducta del Czar cierta doblez para con los servios; pero quizá Alejandro adivinaba que su colega, retrocediendo ante las temibles contingencias del acto á que le invitaba, podía proporcionarle un pretexto excelente para invadir el solo los dominios del sultán. Si tal fué el cálculo de Alejandro, resultó exacto. Francisco José no se atrevió á comprometerse en la grave empresa para que se solicitaba su concurso, y el gobierno de San Petersburgo quedó en situación más libre de no consultar sino su interés y su amor propio.

En Constantinopla, en tanto, no secundaban de muy buena voluntad los esfuerzos que

hacia Disraëli para salvar de su total ruina al imperio otomano. Habíanse verificado allí sucesos de gran importancia. Amurates tenía el sistema nervioso muy debilitado por el abuso de las bebidas alcohólicas, y la manera violenta como lo hicieron subir al trono y, más aún, la noticia de la muerte de su tío, acabaron de trastornarle, de modo que no estuvo sino cinco ó seis días en posesión completa de sus facultades intelectuales. Ahora bien, como la ley religiosa de los turcos dice expresamente que el jefe de los creyentes ha de estar en su cabal juicio, se fué aplazando de semana en semana la ceremonia de ceñir la espada al nuevo soberano: muchos imanes, mollahs y ulemas se negaron, según parece, á rezar los viernes la oración de ritual por el sultán, y al fin, se decidió destituir á Amurates, no sin que antes el *scheik-ul-islam* diese la autorización acostumbrada. Depuesto Amurates, proclamóse, para sucederle, á su hermano Abd-ul-Amid II, joven ignorante y sin experiencia, pero celosísimo musulmán, poco dispuesto á transigir con los cristianos. El diván, no menos intransigente que el nuevo soberano, guardó silencio acerca de las proposiciones de Inglaterra, antes indicadas, y persistió en la idea de continuar entreteniendo y engañando á Europa, para lo que hubo de discurrir nada menos que implantar en Turquía el régimen constitucional, con sus dos Cámaras deliberantes y su gobierno responsable. La burla era tan evidente, que el mismo Disraëli contuvo la risa á duras penas. Sin embargo, el gobierno inglés, temiendo que á Rusia se le agotase la paciencia, reiteró sus proposiciones á la Puerta, limitándolas á la concesión de un armisticio de seis semanas y á la celebración de una conferencia donde se ventilaran, por las potencias firmantes de los tratados de París y de Londres, las cuestiones pendientes. Turquía contestó pidiendo que el armisticio durase seis meses, no debiendo recibir en el intervalo auxilio ninguno del exterior las provincias insurrectas, ni Servia, ni Montenegro. Su plan era, sin duda, aprovechar el plazo que solicitaba para dar descanso á sus tropas, reorganizarlas, aumentarlas y descargar, á la conclusión del armisticio, el golpe decisivo sobre sus enemigos. Rusia no condescendió con los deseos de la Puerta, pareciendo determinada á precipitar los acontecimientos. Quien más influía ahora en el ánimo de Alejandro II no era Gortchacof, partidario, hasta cierto punto, de procedimientos de templanza, sino Ignatieff, que preconizaba la política de acción y la necesidad de la guerra inmediata. Después de la caída de Abd-ul-Aziz, había sido llamado á San Petersburgo, y ahora volvió á Constantinopla con el encargo de notificar al sultán una especie de *ultimatum*, cuyo tenor, en resumen, venía á ser: primero, estipulación de un armisticio de seis semanas, sin reservas de ninguna clase; segundo, autonomía de Bosnia, Herzegovina y Bulgaria; tercero, garantía real de los derechos de éstas provincias por las potencias europeas.

Mientras tanto, la suerte de las armas seguía siendo desfavorable á los servios. El veintiocho de Octubre, los turcos bombardearon á Alexinatx y Deligrád; el veintinueve,